



Marruecos

La resistencia silenciosa

Desde comienzos de la década Marruecos se ha enfrentado a dos acontecimientos que podrían haber sacudido profundamente su situación política y económica: por una parte, los movimientos sociales asociados a la primavera árabe, que en otros países del norte de África han conducido a cambios de gobierno traumáticos y a un fortísimo aumento de la inestabilidad; por otra, la crisis internacional, que con tanta fuerza golpeó a los países europeos, con cuyas economías el Reino se encuentra fuertemente imbricado. Sin embargo, Marruecos ha mostrado una fortaleza considerable ante estos dos shocks externos, cuyo crédito hay que buscarlo en las transformaciones que ha experimentado recientemente el país.

En los últimos años, Marruecos ha emprendido un proceso de reforma política tutelado por el Rey. Se ha reformado la Constitución en un sentido más liberal y el Rey accedió a que sus poderes se redujeran en beneficio del Jefe de Gobierno (si bien siguen siendo muy considerables). En las elecciones legislativas de noviembre de 2011, el partido más votado fue Justicia y Desarrollo (PJD), islamista moderado; esta fue la vía por donde se canalizó en Marruecos la oleada de descontento que en otros países de la región también condujo a la victoria de partidos islamistas. En Marruecos, lejos de todo radicalismo, el PJD formó un gobierno de coalición (el primero a cargo de un partido religioso en la historia del país) con varios partidos laicos. A pesar de que la tarea de gobierno no ha sido sencilla, de las tensiones y cambios en el seno de la coalición, y de algunos desencuentros entre el rey y el primer ministro, el PJD ha demostrado su pragmatismo y su disposición a alcanzar acuerdos con los partidos laicos, con lo cual el ejecutivo ha logrado evitar conflictos innecesarios así como la polarización religiosa que tanto ha perjudicado a la transición política en el vecino Túnez, y ha conseguido mantener una razonable estabilidad política.

En el frente económico, el gobierno ha emprendido reformas encaminadas a constituir una base fiscal más sólida y a intensificar el atractivo de Marruecos para la inversión extranjera. Desde 2012, Marruecos ha reducido sensiblemente sus déficits gemelos y ha adoptado algunas medidas de política económica valientes, como la indexación plena de los precios de las gasolinas con el precio internacional del crudo, esencial para controlar el déficit público. También fundamentales están siendo todas las políticas dirigidas a intensificar los flujos de inversión extranjera directa, entre ellas las ventajas fiscales y la eliminación de algunos obstáculos burocráticos y legales. Por otro lado, se encuentran en estos momentos en estudio medidas de reforma financiera, orientadas a mejorar la competitividad de las exportaciones, a expandir el

acceso privado al crédito y garantizar la independencia de la política monetaria frente a las injerencias políticas.

Estas medidas van a contribuir a profundizar la diversificación de la economía, que el Estado viene promoviendo desde hace años y que, junto con la estabilidad política, es probablemente el factor fundamental que explica la resistencia de la economía marroquí. En efecto, la estructura económica se ha diversificado notablemente en las últimas décadas. Los servicios (57% del PIB) y las manufacturas (18%) han ganado peso respecto a la tradicional industria minera de fosfatos y a la agricultura (15%-17%). Pese a ello, el agro todavía emplea al 45% de la población activa, por lo que tiene un fuerte impacto en la demanda interna, y sigue siendo muy dependiente de las precipitaciones.

La diversificación productiva se ha traducido en una mayor variedad y, sobre todo, en un mayor valor añadido de las exportaciones. Así, aparte de los productos agrícolas tradicionales, Marruecos exporta un volumen creciente de productos de mayor valor y demanda en los mercados internacionales (hortofrutícolas, sobre todo), así como de transformados agrícolas. Las exportaciones incluyen también sectores como los de aeronáutica, automóvil, electrónica o farmacia, en cuya expansión ha representado un papel relevante el desarrollo de la zona de libre comercio y el puerto de Tánger. En la última década se ha reducido también la dependencia del mercado de la UE, aunque siga siendo el principal (56% de las exportaciones en 2013, frente a 69% en 2003); en cambio, han aumentado las exportaciones a Latinoamérica, y están comenzando a dirigirse también a otros países africanos. Todo ello está contribuyendo a mejorar su posición de solvencia externa y a hacer al país más resistente a los “shocks” exógenos. Solamente por dar un dato, el déficit por cuenta corriente se ha reducido de casi un 10% del PIB en 2009 al 3,3% de dicha magnitud al cierre de 2014. Los mercados reconocen esa mejora: Los “spreads” marroquíes de los seguros contra impagos son de los más bajos de la zona y dos de las tres principales agencias de calificación de riesgos le otorgan el “grado de inversión”.

Las perspectivas para 2015 son positivas. La caída de los precios del petróleo beneficia a Marruecos, y la ligera recuperación económica de la UE, que ya se está traduciendo en mayores flujos de turistas y más demanda de importaciones van a favorecer el crecimiento, que podría situarse en torno al 4,4% en 2015, y a mantener la inflación controlada.

Donde no se ha avanzado tanto ha sido en resolver los problemas sociales de fondo (alto desempleo juvenil, pobreza). Marruecos es uno de los países de menor renta per cápita del Norte de África y sigue presentando algunos de los peores indicadores sociales de la región: la desigual distribución de la renta y la abundante población joven, mayoritariamente urbana, con un elevado índice de analfabetismo (50%) y con escasas posibilidades de encontrar empleo a pesar de la mejora económica que ha registrado el país, constituye un caldo de cultivo para el descontento, máxime cuando entre el electorado cunde un sentimiento de desilusión, relacionado con las medidas de consolidación fiscal, la persistencia de la corrupción y la falta de reformas políticas con posterioridad a la constitución de 2011. En efecto, hay que tener en cuenta que la

victoria del PJD en las elecciones de 2011 obedeció a las expectativas de que su gobierno lograría ampliar el poder del ejecutivo y promovería una activa campaña contra la corrupción. Sin embargo, quizá mirándose en el espejo de Egipto, el primer ministro Benkirane ha evitado entrar en luchas de poder con el establishment monárquico. Además, para conseguir el objetivo de contener el déficit público por debajo del 3% del PIB para 2017 y conseguir sentar las bases de un sistema fiscal estable va a ser inevitable continuar con las medidas de consolidación fiscal (mayores recortes en subsidios, moderación salarial, medidas para ampliar la base impositiva, como por ejemplo ampliar los impuestos al sector agrícola).

Todo lo anterior no es ninguna novedad; pero no debe olvidarse que constituye un caldo de cultivo para la inestabilidad social, que hasta ahora se ha logrado contener, pero que no puede descartarse que crezca en el futuro. Por último, no podemos dejar de hacer una referencia a la amenaza a la seguridad que supone el extremismo de raíz suní. El reciente ataque terrorista al museo nacional de Túnez, reivindicado por el Estado Islámico, con su doble objetivo de minar la transición democrática del país y maximizar el daño económico de la violencia, podría repetirse en Marruecos, que sería un “objetivo deseable” para los terroristas, tanto por ser el país con mayores credenciales democráticas del norte de África (a pesar de sus imperfecciones), como por la importancia de su industria turística.